

Perfil de Santiago
15 de Mayo de 1991
Año 1 / No. 72

Baroco, una sinfonía teatral ¿Y por qué tanto silencio?

Baroco, es una versión libre inspirada en la obra teatral *Réquiem por Yarini* del dramaturgo cubano Carlos Felipe. Baroco, ha llegado a la pantalla chica y esto es tan inesperado como inusual, si tenemos en cuenta que otras muchas obras de éxito rotundo como ésta, no tuvieron luego la oportunidad de un medio tan poderoso en el consumo masivo como la televisión.

En una coproducción Tele Turquino Cuba Visión salió al aire recientemente en el espacio Teleteatro de los Jueves, la obra Baroco cuya puesta en escena corrió a cargo de Rogelio Meneses, director artístico del Cabillo Teatral Santiago.

Partimos de que Baroco es, ante todo, un excelente teatro con decorosas y/o excelentes actuaciones, con una vida corporal y espiritual poco común en el actual contexto dramaturgico cubano. (De hecho ya cuenta con el "Gran Premio Avellaneda del Festival Latinoamericano de Teatro Camagüey 90"). Defendiéndolo así, le vemos ya una especie de sobre vida en la nueva versión para la televisión realizada por el novel director y "viejo actor" Erwin Dorado, porque éste no se ha contentado sólo con reproducir, sino que ha localizado su propio punto de vista y hasta quizás sus propias cámaras, para lograr una nueva magia de la representación que sólo resisten obras y montajes de envergadura y grandes vuelos como éste.

Los que hemos tenido la oportunidad de ver la obra de teatro en su escenario natural (patio del Cabillo Teatral Santiago) y luego su versión a la televisión, podremos valorar un mismo hecho con dos lenguajes expresivos diferentes, que quizás más bien, en este caso, lejos de contraponerse se complementan con sus diferencias esenciales: el teatro, por su sentido abarcador, de gran panorámica de los acontecimientos y su capacidad de dejarle a uno la opción de las atenciones; la televisión, por los detalles tendenciosos de situaciones y personajes, que se argumentan para una atmósfera propia, casi de equilibrista, en los puntos que se quieren dar o hacer notar.

Pero no es mi ánimo hacer comparaciones, que por otro lado —repito—, si ocurriese, sería para subrayar el sentido complementario que en la conciencia del espectador causan estas realizaciones: la básicamente teatral y la televisiva. Ambas mantienen sus propios giros dramáticos, porque si no, no hablaríamos de una dramaturgia de la televisión. Esta última, tomando como punto de partida la otra, eliminando o sintetizando unidades, utilizan nuevas metáforas e imágenes, propias del medio. En fin, teatro y televisión, dos lenguajes expresivos diferentes pero que aquí, descubre uno el efecto casi mágico de que se complementan en nuestra conciencia. Entonces llegamos a la conclusión de que Baroco es un parto feliz y afortunado.

La historia de Alejandro Yarini y Ponce de León, un chulo pactado en la secta abacú, se narra con desenfadado en esta obra que nos pone al desnudo un micro-

mundo con sus propias leyes y misterios. Lo mágico religioso forma aquí parte del teatro y el contexto, y la muerte es una premonición que entra en nuestro código por diferentes vías, hasta alcanzar lo que podríamos llamar el aliento de la gran tragedia moderna en su estatus de lo inevitable. Yarini existió en la vida real y fue muerto a tiros por su antagonico Lotot, el 28 de noviembre de 1910, según las crónicas. Carlos Felipe en su *Réquiem*, nos da un Yarini cargado de fastuosidad individual, casi épica; Rogelio Meneses en su Baroco, enriquece y desarrolla la posible incidencia político-social, en una sublimación de lo lírico y lo metafísico; Erwin Dorado, se detiene quizás mas en los rincones metafísicos de la fábula, con una síntesis obligada por el nuevo lenguaje utilizado. Todos, para ponernos seres humanos sobre la escena.

Baroco, que significa pacto en lengua lucumí, transcurre en un solo aire, en una sola respiración podemos decir; porque en el único acto desarrollado, apenas hay tiempo para respirar; porque en el nervio trágico que lo guía, sentimos finalmente que se ha pactado con el espectador, para que no se desperdicie ni un instante de una trama rica, cargada de inusitados sobresaltos, casi malabarísticos, desde la misma catarsis de "brujería" lograda en el prólogo y repartida en el resto, hasta la ansiada evasión del inevitable final como "desigmo del destino" en la muerte misma de los protagonistas.

Ese teatro que se logra en la conciencia del espectador, es quizás lo más significativo en la comunicación que se alcanza. Las profecías se desencadenan y llegan a su desnudez con el descubrimiento de un personaje terrible que ha visitado a Yarini: LA NEGRA: ¿Quién era?

antes.
YARINI: Esa imagen... Yo la he visto
LA NEGRA: Abasi, esa mujer, fíjate hacia dónde se dirige y quién la acompaña.
ABASI: ¿Cuál, Negra?

LA NEGRA: La Dama de Negro que acaba de salir por esa puerta.
ABASI: (Reflexivo) ¿Dónde ha salido nadie?

Entonces descubrimos, como en un disparo electrificante, que ha sido la muerte.

La puesta en escena del experimentado actor-director Rogelio Meneses, ha cuidado y velado por una "musculosa dramaturgia", en donde la progresión escénica se alimenta con los recursos del montaje paralelo, el aliento trágico del original, la selección cuidadosa y reflexiva, casi filosófica, de los diálogos y las situaciones, incluso, la motivación de cierto suspenso, que nos hace tomar partido finalmente del lado de Alejandro Yarini, llevándonos a temer por su final ineludible y abogar por su mejor suerte. Todo con un lenguaje escénico conjugado entre lo técnico y lo poético de los movimientos y las soluciones.

Podemos decir que Baroco es un teatro con una dramaturgia cerrada, donde no sobra nada, donde cada elemento deslizado juega su papel ingente y sugerente, con un sentido casi vertiginoso del ritmo y del espacio-tiempo, para sumergirnos en una

atmósfera caótica y sobrecogedora. ¿Qué clase de teatro, señores!

Pero si hay algo que me sigue resultando incomprensible por la nueva propuesta que adopta sin antecedentes, es el final o "sobre final". Después de la muerte de Yarini y Lotot, La Negra (bruja, matrona del prostíbulo y una de las amantes principales de Yarini) se retira de la escena, entonces su puesto lo ocupa inexplicablemente, La Santiaguera, causante indirecta de la muerte de Yarini y una especie de manzana de la discordia entre éste y Lotot, y en medio de una pausa, donde se avizora quizás un linchamiento de La Santiaguera, ella toma posesión como due-

ña y señora. Se oyen entonces las últimas palabras:

ABASI: Los tambores llaman (y saca el cuchillo)

LA SANTIAGUERA: (Que hasta ese momento fue una débil enamorada, dice enérgicamente) ¡Vete a abrir! (Abasi sale de escena).

¿Por qué este giro? ¿En dónde su antecedente? Si bien es cierto que esto llena de cierto efectismo sugerente el cierre, por otro lado rompe el hilo argumental. Los finales en el teatro han de ser estruendosos, pero consecuentes con la línea dramática y conceptual que se nos ha entregado. Nada puede ser un salto que no haya sido justificado por los medios.

La versión de la TV nos proporcionó lamentablemente este mismo final, amén de un audio con grandes desbalances y deficiencias, así como un ritmo lento en los cortes después de la segunda mitad. Pero pese a todo hubo audacia y hallazgo en las expresiones y la imagen. La música aquí también jugó su papel.

En general las actuaciones fueron destacadas, aunque algunos no llegaron al tono promedio, María Elena Calzado, en La Santiaguera mostró su gran capacidad histriónica y sólo debe cuidar algunas frases sobreactuadas. Agustín Quevedo en Yarini, nos convence, a veces es demasiado sobrio, creando cierto desequilibrio en situaciones de gran fuerza. Erwin Dorado en el tanto exterior. Mireya Chapman y Fátima Patterson alternaron en el papel de La Negra, cada una le imprimió al personaje sus dotes: Fátima, dura y temperamental, pero sin la sutileza de la hembra enamorada, Mireya, elocuente en su artificio de bruja, pero sensual y agresiva, temiendo siempre perder como mujer a su Yarini, sencillamente humana.

Todos los actores se mueven como en una danza cuyo trasfondo es la rumba. Por eso no peço al decir que aquí todo está servido como para un gran banquete. En fin, que en estos hombres de teatro hay buena madera; porque como expresara John Howard Lawson: "El teatro es un arte difícil, ningún esfuerzo intelectual es capaz de darle talento al que carece de él, ni darle sensibilidad al insensible. "Ellos saben también y lo han puesto a prueba en Baroco que "la estructura de una obra teatral es sutil y variada como la de una sinfonía".

● Lic. Ismael Sambrá